

violenta de vida animal para que pueda precipitarse sin peligro por la pendiente del goce; necesita una barrera de razonamientos morales que reprima sus desbordamientos. Hay en él una corriente demasiado poderosa de atención y de voluntad para que pueda satisfacerse con frivolidades; necesita un trabajo fuerte y útil en que gastar su fuerza. Le hace falta un dique y un empleo. Le hace falta una constitución y una religión que le refrenen y ocupen, ofreciéndole deberes que observar y derechos que defender. No se halla en su centro más que en la vida seria y ordenada; allí encuentra el cauce natural y el desahogo necesario de sus facultades y de sus pasiones. Ya ahora entra en ese cauce, y ese mismo teatro lo revela: decae y se transforma. Collier le desacredita; Addison le censura. El sentimiento nacional despierta en él: las costumbres francesas son blanco de burlas; los prólogos celebran los descalabros de Luis XIV; se presentan bajo un aspecto ridículo ú odioso, la licencia, la elegancia y la religión de su corte (1). Gradualmente disminuye la inmoralidad, se respeta más el matrimonio, los protagonistas no llegan ya más que al borde del adulterio (2); los libertinos se detienen en el momento escabroso; quién, en este instante, se declara purificado y habla en verso para acentuar mejor su fervor; quién ensalza el matrimonio; algunos, en el acto quinto, aspiran á la vida arreglada. En adelante declina la comedia, y el talento literario toma otro rumbo. El ensayo, la novela, la sátira, la disertación, reemplazan al dra-

(1) Papel del capellán Foigard en Farquhar (*Beaux Stratagem*), de mademoiselle, y en general de todos los franceses.

(2) Papel de Armanda en *Belapse* (Vanbrugh); papel de mistress Sullen, conversión de los dos libertinos, en *The Beaux Stratagem* (Farquhar).

ma, y el espíritu inglés clásico, abandonando géneros que regugnan á su índole, inaugura las grandes obras que van á eternizarle y expresarle.

X

Sin embargo, en medio de esa decadencia continua de la invención teatral y de ese gran cambio de dirección de la savia literaria, todavía brotan de tarde en tarde algunos vástagos por el lado de la comedia: es que los hombres tienen siempre deseos de divertirse, y el teatro es siempre un lugar de diversión. Una vez plantado el árbol, subsiste: subsiste pobremente, es verdad, con largos intervalos de sequedad casi completa y de abortos casi constantes, pero destinado, con todo, á renovaciones imperfectas, á semiflorecimientos pasajeros, á veces á producciones inferiores que brotan en sus ramas más bajas. Aun después de agotados los grandes asuntos, todavía hay cabida aquí y allí para invenciones afortunadas. Que aparezca un hombre de ingenio, diestro y perito, y cogerá al vuelo las ridiculeces; llevará á la escena algún vicio ó alguna extravagancia de su tiempo; el público acudirá, y no pedirá más que reconocerse á sí propio y reír. Hubo un éxito de esta especie cuando Gay puso en escena la picardía de la alta sociedad (1), y vengó al público de Walpole y de la corte. Hubo otro éxito de ese linaje, cuando Goldsmith, inventando una serie de peripecias, condujo á su protagonista y á su auditorio al través de cinco actos de quidproquos (2). Después de

(1) *Beggar's Opera*.

(2) *She stoops to conquer*.

todo, si la verdadera comedia no puede vivir más que en ciertos siglos, la comedia ordinaria puede vivir en todos los siglos. Se aproxima demasiado á la novela y á la sátira, para no revivir de vez en cuando en la atmósfera de la novela y de la sátira. Si yo tengo un enemigo, en vez de atacarle en un folleto, puedo transportarle á las tablas. Si soy capaz de pintar bien un personaje en una narración, mi talento no dista mucho del que se necesita para concentrar toda el alma de ese personaje en algunas escenas. Si sé ridiculizar un vicio en una composición poética, lograré sin gran trabajo hacer hablar á ese vicio por la boca de un actor. Al menos, intentaré realizarlo; me seducirá el brillo extraordinario que la declamación y el aparato escénico dan á una idea; trataré de iluminar la mía con esa intensa luz; pondré manos á la obra, aunque para ello tuviese que violentar un poco ó mucho mi talento. A falta de otra cosa, reemplazaré por expedientes la originalidad espontánea y el verdadero genio cómico; si en ciertos puntos queda uno por debajo de los primeros maestros, en otros cabe superarlos; cabe limar el estilo, refinar, hallar expresiones más bellas, agudezas más llamativas, un tiroteo más vivo de réplicas brillantes, imágenes más nuevas, símiles más pintorescos; cabe tomar de tal autor un carácter, de cuál una situación; aprovechar elementos de una literatura vecina, de un teatro envejecido, de las buenas novelas, de los libelos mordaces, de las sátiras limadas; acumular los efectos, servir al público un plato mejor condimentado y más apetitoso; puede uno, sobre todo, perfeccionar su mecanismo, engrasar los rodajes, preparar las sorpresas, los golpes teatrales, las vicisitudes del enredo, como constructor consumado. El arte de construir las obras escénicas es suscep-

tible de progreso, como el arte de hacer relojes. A un vaudevillista le parece ridícula hoy la mitad de los desenlaces de Molière; y, en efecto, muchos vaudevillistas, hacen los desenlaces mejor que Molière; á la larga, llega á purgarse el teatro de inexperiencias y pesadeces. Un estilo atractivo y una composición perfecta; sal en todas las palabras y movimiento en todas las escenas; exuberancia de ingenio y maravillas de habilidad, y, por encima de todo, el secreto placer de pintarse, de justificarse, de glorificarse públicamente á sí mismo: he ahí los orígenes de *La Escuela de la murmuración*, y he ahí las fuentes del talento y del éxito de Sheridan.

Era contemporáneo de Beaumarchais, y así por su talento como por su vida, se le asemeja. Los dos momentos, los dos teatros, los dos caracteres, se corresponden. Como Beaumarchais, Sheridan es un aventurero afortunado, hábil, amable y generoso, que llega al éxito por el escándalo, que de repente centellea, deslumbra, sube de un vuelo á las alturas del empiro político y literario, parece fijarse entre las constelaciones y pasa fugaz como brillante meteoro. Nada le faltó; todo lo alcanzó de golpe, sin esfuerzo aparente, como un príncipe que no tiene más que presentarse para encontrar su puesto. Lo más exquisito que hay en la dicha, lo más brillante que el arte encierra, lo más elevado que existe en la sociedad, todo lo tuvo y como por derecho de nacimiento. El pobre joven desconocido, traductor desgraciado de un sofista griego ilegible, y que á los veinte años se paseaba por Bath con un chaleco rojo y un sombrero de picos, ayuno de esperanzas y vacía la bolsa, ganó el corazón de la belleza y de la artista musical más admirada de su tiempo, se la arrebató á diez adoradores ricos, nobles y

elegantes, se batió con el más burlado de los diez, le venció y conquistó por asalto la curiosidad y la atención públicas. Desde entonces, poniendo los ojos en la gloria y el dinero, lanzó á la escena, unas tras otras, las obras más diversas y aplaudidas, comedias, farsa, ópera, versos serios; compró y explotó un gran teatro sin tener una blanca, improvisó los éxitos y los beneficios, y llevó una vida elegante entre los más vivos placeres de la sociedad y de la familia y en medio de la admiración y del asombro universales. Luego, poniendo la mira más alta aún, conquistó el poder, entró en la Cámara de los Comunes, se mostró al igual de los primeros oradores, combatió á Pitt, acusó á Warren Hastings, apoyó á Fox, ridiculizó á Burke, sostuvo con brillo, con desinterés y constancia, el papel más difícil y más liberal; llegó á ser uno de los tres ó cuatro hombres más distinguidos de Inglaterra, un igual de los más grandes señores, amigo del príncipe real, y á la postre alto funcionario, recaudador general del ducado de Cornualles, tesorero de la flota. En todo se ponía á la cabeza. «Cuanto Sheridan ha hecho ó querido hacer—dice lord Byron—ha sido siempre lo mejor de su especie. Ha escrito la mejor comedia, *La Escuela de la murmuración*; la mejor ópera, *La Dueña*; la mejor farsa, *El Crítico* (demasiado buena para fin de fiesta); la mejor epístola, el *monólogo sobre Garrick*. Y, para coronarlo todo, pronunció aquel famoso discurso sobre Warren Hastings, la mejor arenga que se compuso ú oyó jamás en este país.» Todas las reglas ordinarias se invertían para él. Tenía cuarenta y cuatro años; empezaba á llenarse de deudas; había cenado y bebido en demasía; tenía arrebatadas las mejillas é inflamada la nariz. En tal estado encuentra en casa del duque de Devonshire una joven encantadora, de quien

se prenda. Al primer aspecto exclama la joven: «¡Qué horror! ¡Un verdadero monstruo!» Pero al oírle hablar confiesa que, aunque es muy feo, tiene mucho talento. Le oye por segunda, por tercera vez, y entonces le parece muy amable. Cuando vuelven hablar le ama y quiere á todo trance casarse con él. El padre, hombre prudente, que desea dar un corte al asunto, declara que su futuro yerno deberá asignar á su hija quince mil libras esterlinas; las quince mil libras aparecen depositadas como por encanto en manos de un banquero. Los esposos marchan al campo, y cuando el padre ve á su hija, un buen mozo que mira con prevención ese enlace, le convence de que ese enlace es la cosa más juiciosa que un padre puede hacer y el suceso más afortunado de que puede regocijarse un hijo. Tratárase de quien quisiera y de lo que quisiera, siempre convenía: no le resistía nadie; todo el mundo cedía al hechizo. ¿Qué más difícil, siendo feo, que hacer olvidar á una joven que se es feo?

Hay algo más difícil, y es hacer olvidar á un acreedor que se le debe dinero. Hay algo más difícil aún, y es hacer que preste dinero un acreedor que viene á pedirle. Un día detienen por deudas á un amigo suyo; Sheridan manda llamar á Mr. Henderson, el acreedor intratable; le halaga, le interesa, le enternece, le exalta, le envuelve y confunde en tales términos, á fuerza de consideraciones generales y de alta elocuencia, que Mr. Henderson ofrece su bolsa, desea á todo trance prestar doscientas libras esterlinas, insiste en su deseo, y al fin, con gran alegría suya, obtiene el permiso de prestarlas. No había hombre más amable y que más pronto ganase la confianza; rara vez se desplegó más completamente el carácter simpático, afectuoso y seductor: seducía al pie de la letra. Por la

mañana todas las habitaciones de su domicilio se llenaban de acreedores y de visitas; él se acercaba, sonriendo, con desenvoltura, con tanto agrado y ascendiente, que todo el mundo olvidaba sus necesidades, sus peticiones, y parecía no haber ido más que para verle. Su palabra era irresistible; no había ingenio más deslumbrador; era inagotable en materia de agudezas, de ocurrencias, de invenciones, de ideas nuevas; lord Byron, que era buen juez, dice jamás había oído ni imaginado conversación más extraordinaria. Sus amigos se pasaban la noche oyéndole; nadie le igualaba en una cena; aun beodo, no le abandonaba su ingenio. Un día le recogen borracho y le preguntan su nombre; él contesta gravemente: «Wilberforce.» Con los extraños, con los inferiores, nada de tiesuras ni sombra de orgullo; tenía en alto grado esa naturaleza expansiva que se manifiesta siempre totalmente, que no se reserva nada de sí propia, que se abandona y se entrega; lloraba al recibir de lord Byron un elogio sincero, ó al contar sus miserias de plebeyo encumbrado. Nada más encantador que esas efusiones; ponen al punto á los hombres en pie de paz, de amistad; el que iba prevenido abandona su actitud defensiva; ve que se entregan á él, y se entrega: la expansión ha provocado la expansión. Un instante después, brotaba la facundia impetuosa y deslumbradora de Sheridan; hablaba solo, con una variedad y una vehemencia inagotables, hasta las cinco de la mañana. Contra tal comezón de improvisar, de gozar y de explayarse, debe ponerse en guardia todo hombre; la vida no se puede convertir en una fiesta; es una lucha contra los demás y contra uno mismo; hay que mirar al porvenir, desconfiar, hacer uno su acopio; no se subsiste sin precauciones de comerciante y cálculos

de burgués. Cuando se cena muy á menudo, se acaba por no poder comer; cuando se tienen rotos los bolsillos, se escurre el dinero; nada más vulgar que esta verdad, pero es una verdad. Se acumulaban las deudas, y ya no digería el estómago. Sheridan había perdido su puesto en el Parlamento; su teatro había ardidido; los alguaciles se sucedían, y ya hacía tiempo que los curiales habían tomado posesión en su casa. Por ultimo, un alguacil prendió al moribundo en su lecho, quiso llevársele envuelto en las ropas de la cama, y no le soltó sino por temor á un proceso: el médico había declarado que el enfermo moriría en el camino. Un periódico vituperó á los grandes señores que dejaban acabar tan miserablemente á un hombre semejante; los señores fueron á dejar tarjeta á la puerta. En el entierro acompañaron al cadáver dos hermanos del rey, duques, condes, obispos, los primeros personajes de Inglaterra. Contraste singular que compendia todo ese talento y toda esa vida: lores en sus funerales y alguaciles á la cabecera de su lecho.

Su teatro es por el estilo; en él todo brilla, pero el metal no es todo suyo, ni de la mejor ley. Son comedias de sociedad, de lo más divertido que puede verse; pero no son más que comedias de sociedad. Figuraos las semiparodias que se improvisan hacia las once de la noche en una tertulia de íntimos. Su primera obra, *Los Rivales*, y después su *Dueña* y su *Crítico*, apenas encierran otra cosa. Las hay sobre la vecina. *Mistress Malaprop*, una necia pretenciosa que emplea á tontas y á locas las palabras cultas, se enorgullece de colocar tan bien los *epitafios* delante de los sustantivos, y jura que su sobrina es tan mala como una *alegoría* á orillas del Nilo. Las hay sobre el vecino Mr. Acres, un matón improvisado, que se deja arrastrar á un de-

safio, y, una vez en el terreno, piensa en el efecto de las balas, se representa el testamento, el entierro, el embalsamamiento, y quisiera encontrarse en su casa. Las hay sobre un criado pusilánime, sobre un padre colérico, sobre una joven sentimental y novelesca, sobre un irlandés duelista y quisquilloso. Todo eso va desfilando un poco á la ventura, á fuerza de arbitrios y expedientes, sin el gobierno amplio y regular de una idea dominante. Pero, por más que se trasluzca el artificio, el movimiento y la animación se sobreponen á todo; el público ríe de veras; cada escena aislada pasa burlonamente con rapidez; se olvida que el criado pusilánime tiene ocurrencias tan ingeniosas como el mismo Sheridan, y que el caballero irascible habla tan bien como el más elegante de los escritores. Es que el inventor es á la vez un escritor; sí, por humor y por espíritu de sociedad, ha querido divertir á otros y divertirse á sí mismo, no ha olvidado los intereses de su talento y el cuidado de su gloria. Tiene gusto, siente las delicadezas del estilo, el mérito de una imagen nueva, de una oposición de efecto, de una insinuación ingeniosa y calculada. Tiene, sobre todo, un prodigioso talento para la conversación, el arte de mantener, de despertar la atención de continuo, de ser mordaz, variado, sorprendente, de poner al desnudo la necedad, de acumular, unas sobre otras, las agudezas y las frases afortunadas. En fin; se ha formado desde su primera obra, ha adquirido la experiencia del teatro; trabaja y tacha; ensaya sus diversas escenas, las rehace, las retoca; quiere que no haya nada que suspenda el interés, que no se deslice ninguna inverosimilitud que choque al espectador, que su comedia marche con la precisión, la seguridad y la unidad de una buena máquina. Adereza chistes, los sustituye

con otros mejores, aguza todas sus burlas, las reúne como una haz de dardos, y escribe de su puño en la última cuartilla: «Concluido; ¡gracias á Dios! ¡Amén!» Tiene razón, porque la obra le ha costado su trabajo; no hará una segunda. Esos escritos artificiales y condensados, como las sátiras de La Bruyère, parecen cincelada redomita donde el autor ha destilado, sin reservar nada, toda su reflexión, todas sus lecturas y todo su talento.

¿Qué hay en esa célebre *Escuela de la maledicencia*? ¿Y qué hizo él para proyectar sobre esa comedia inglesa, que iba apagándose más cada día, la iluminación de un último éxito? Tomó dos personajes de Fielding—Blifil y Tom Jones;—dos comedias de Molière—*El Misántropo* y *Tartufe*;—y de esas dos sustancias poderosas, condensadas con una destreza admirable, hizo el fuego artificial más brillante que se ha visto nunca. En Molière no hay más que una maldiciente, Celimene; y basta y sobra con una burlona de ese jaez; y aun se burla con cierta medida, sin precipitarse, como verdadera reina de salón que tiene tiempo de hablar, que sabe que es escuchada, que se escucha; es mujer de sociedad, guarda el tono de la conversación distinguida; todavía, para templar la acritud, se ve surgir en medio de las maledicencias la razón tranquila, el discurso sensato de la amable Eliante. Molière saca á escena las maldades del mundo sin abultarlas; aquí más se abultan que se pintan: «¡Por vida mía!—dice sir Peter.—¡Una reputación muerta á cada palabra!» En efecto: esos personajes son feroces, y no reparan en nada para ultrajar mejor. Mistress Candour dice que «lord Buffalo ha sorprendido á Milady en una casa de dudosa reputación». Añade que «una viuda de la calle inmediata ha curado de la hidropo-

sía y recobrado sus formas de una manera sorprendente». Tal es su encarnizamiento, que descienden al papel de bufones. La dama más elegante del salón, lady Teazle, enseña los dientes para remedar á una mujer ridícula, tuerce la boca y hace visajes. No hay tregua ni reposo; los sarcasmos brotan como granizada de tiros. El autor ha hecho acopio de ellos, y tiene que emplearlos. El es el que habla por boca de cada uno de sus personajes; á todos les presta su propio espíritu, su ironía, su acerbidad, su vigor pintoresco; sean lo que quieran, simplones, fatuos, solteronas, importa poco; lo esencial es que haya veinte explosiones en un minuto. «Nada de burlas: así se lo repito constantemente á mi prima Ogle, y ya sabéis que ella se cree árbitro en materia de belleza. Naturalmente: como que ella misma es una colección de prendas de diferentes naciones del mundo. Verdad: tiene una frente irlandesa. Pelo escocés. Nariz holandesa. Tez de española. Y dientes á lo chino. En resumen: su cara se asemeja á una mesa redonda de Spa, donde no hay dos comensales de la misma nación. O á un congreso después de una guerra general, donde todas las partes, incluso los ojos, parecen tener un interés diferente, y donde sólo parecen dispuestas á encontrarse la nariz y la barba. Mr. Surface, tenéis malas noticias de vuestro hermano; pero, por mi parte, nunca le he creído tan desordenado como se dice. Ha perdido todos sus amigos, pero no hay nadie de quien los judíos hablen tan bien. ¡Es muy verdad! Si la judería pudiese elegir, creo que Carlos sería alderman; no hay hombre más popular entre esa gente. He oído decir que, siempre que está enfermo, mandan rezar por él en sus sinagogas. Y no hay nadie que viva con más esplendor. Me han contado que, cuando convida á sus

amigos, se sienta á la mesa con doce de sus fiadores, que hay veinte comerciantes esperando en la antesala y un alguacil detrás de la silla de cada convidado. Mr. Surface, yo no tengo la menor intención de heriros; pero no os quepa duda: vuestro hermano es hombre al agua. Tan al agua, que más no puede ser; no encontraría quien le prestase una guinea. Todo lo que podía salir de su casa está vendido. Yo he visto á un sujeto que ha estado allá. No ha quedado nada, fuera de algunas botellas vacías... Y yo también he tenido el sentimiento de oír contar cosas desagradables acerca de él. ¡Oh! ha hecho una porción de cosas feas, eso es positivo. Pero, sin embargo, como es vuestro hermano... En otra ocasión os lo diremos todo.» He ahí cómo aceró, multiplicó y clavó en lo vivo los epigramas mesurados de Molière. Pero ¿es posible aburrirse oyendo una descarga tan nutrida de malignidades y de burlas?

Véase también el cambio que sufre en sus manos el hipócrita. Todo lo grandioso del carácter desaparece: José Surface no lleva ya, como Tartufe, todo el peso de la comedia; no tiene ya, como su ascendiente, un temperamento de cochero, una audacia de hombre de acción, una estampa frailuna. Es tan sólo egoísta y prudente; si anda en malos pasos, es algo á la fuerza; no se mete en ellos más que á medias, como joven correcto, bien vestido, de regular fortuna, de carácter bastante tímido y metódico, de proceder discreto y desprovisto de pasiones violentas; es la pura finura y dulcedumbre; es de su tiempo; no hace alardes de religiosidad, sino de moralidad; es un caballero sentencioso y retórico, discípulo de Johnson ó de Reusseau. Sobre ese pobre hombre no es fácil edificar un drama, y las grandes situaciones que Sheridan toma de Mo-

lière pierden la mitad de su fuerza al apoyarse en tan mezquino soporte. ¡Pero cómo encubren esa insuficiencia la rapidez, la abundancia y la naturalidad de los acontecimientos! ¡Cómo parece poder suplirlo todo la destreza, hasta el genio! ¡cómo se ríe el espectador de ver á José cogido en su santuario como un zorro en su guarida; obligado á disimular á la mujer, y á esconder luego al marido; condenado á caer en sus propias redes, á justificar á los que quisiera perder á la única persona á quien quisiera justificar—al precioso é inmaculado José Surface—á quedar, en fin, en ridículo, como un ente odioso, escarnecido, confundido una y otra vez, sin tregua ni remedio, á pesar de sus habilidades y precisamente por sus habilidades, y á salir huyendo con las orejas gachas entre gritos y rechiflas! Y al lado de esto, las peloterías entre sir Peter y su mujer, la cena, las canciones, la venta de los retratos en casa del pródigo, que vienen á introducir una comedia dentro de la comedia, y á renovar el interés renovando la atención. Cesa uno de pensar en la atención de los caracteres, como ha cesado de pensar en la alteración de la verdad; se deja uno arrastrar por la viveza de la acción, como se ha dejado deslumbrar por el centelleo del diálogo; el público se entusiasma y aplaude, diciéndose que, después de la gran invención, la viveza y el ingenio son los dones más agradables del mundo, que tienen también su puesto en el festín literario, y que, si no igualan á los manjares succulentos y á los vinos generosos del primer servicio, pueden saborearse á su hora como postre.

Acabado ese postre, hay que levantarse de la mesa. Después de Sheridan, nos levantamos en seguida. La comedia, en lo sucesivo, languidece, se extingue; no

queda más que la farsa, los *criados de gran tono*, de Townley, los tipos estrambóticos de Jorge Colman, un preceptor, una vieja, campesinos con su acento local; la caricatura sobrevive á la pintura, y el *Punch* sigue haciendo reír después de haber pasado la edad de los Reynolds y de los Gainsborough. Hoy no hay en Inglaterra escena más vacía, y la gente culta la abandona al pueblo. Es que la forma social y mental, que la había suscitado, ha desaparecido. Lo que dió vida al teatro inglés del Renacimiento fué la viveza y la exuberancia de la concepción intuitiva que, incapaz de desplegarse en razonamientos alineados ni de formularse en ideas filosóficas, no encontraba su expresión natural sino en acciones representadas y en personajes animados. Lo que alimentó la comedia inglesa del siglo XVII fueron las necesidades de la sociedad refinada que, acostumbrada á las representaciones de la corte y á las ostentaciones de los altos círculos, iba á buscar en la escena la pintura de sus conversaciones y de sus salones. Con la caída de la corte y con la paralización de la invención mímica, el verdadero drama y la verdadera comedia desaparecen; pasan de la escena á los libros. Es que hoy no se vive ya en público á la manera de los lujosos duques de Luis XIV y de Carlos II, sino en familia y delante de una mesa de trabajo; la novela reemplaza al teatro, á la vez que la vida ordinaria sucede á la vida de corte.